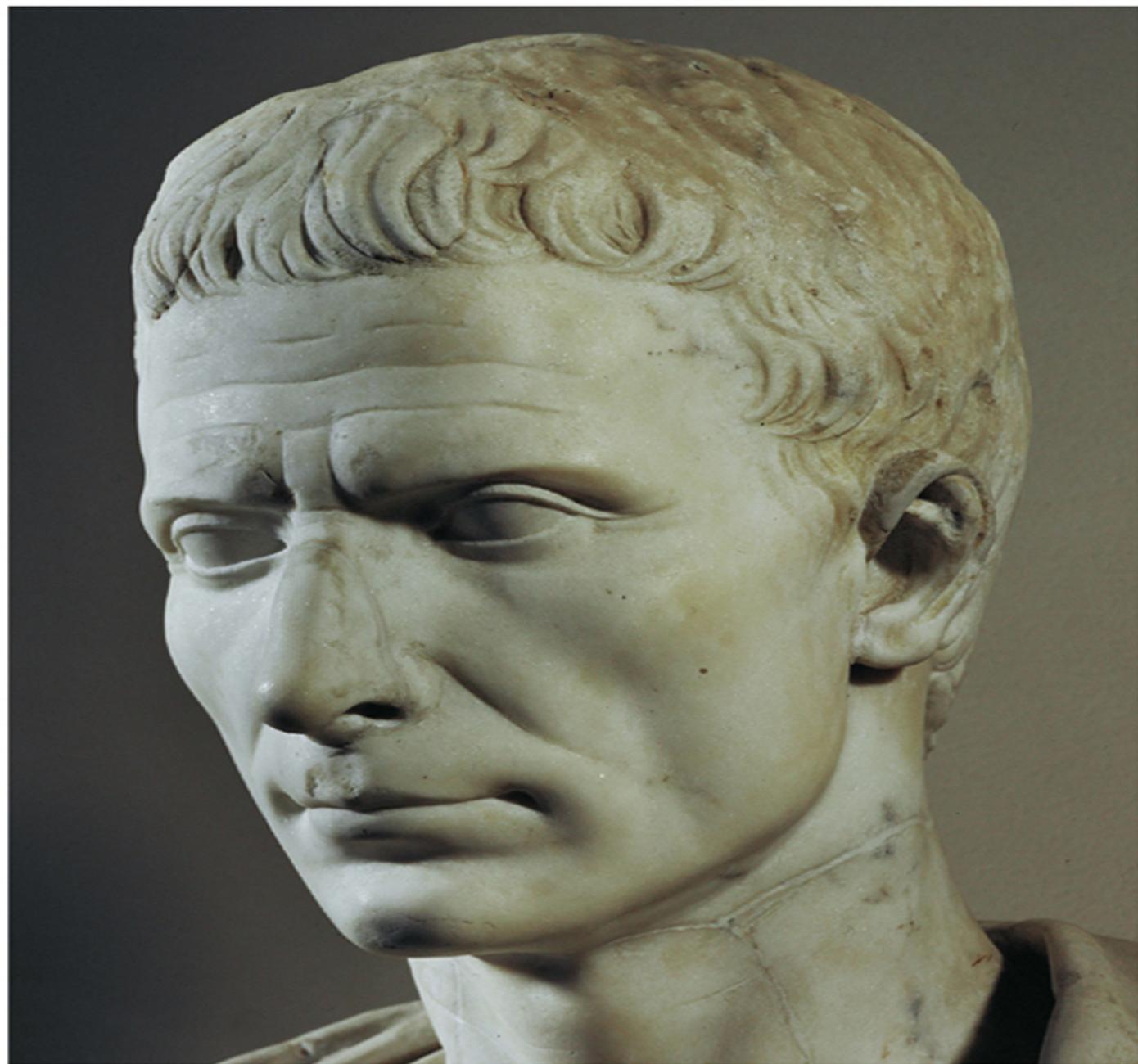


THEODOR MOMMSEN

# HISTORIA DE ROMA

LIBRO V. FUNDACIÓN DE LA  
MONARQUÍA MILITAR



**TURNER**



# *Historia de Roma*

## *Libro V*

*Fundación de la monarquía militar*

**THEODOR MOMMSEN**

TRADUCCIÓN DE A. GARCÍA MORENO

BIBLIOTECA TURNER



Primera edición en alemán, 1856

Primera edición en castellano, Turner, 1983

Traducción original de A. García Moreno publicada en 1876.

Esta segunda edición revisada por Luis Alberto Romero y con prólogo y comentarios en la parte relativa a España de F. Fernández y González:

copyright © 2003, Turner Publicaciones, S.L.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2012

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

[www.turnerlibros.com](http://www.turnerlibros.com)

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

[turner@turnerlibros.com](mailto:turner@turnerlibros.com)

ISBN (Obra completa): 978-84-15427-53-7

ISBN (Libros V): 978-84-15427-52-0

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

# ÍNDICE

## LIBRO QUINTO Fundación de la monarquía militar

- I Marco Lépido y Quinto Sertorio
- II La restauración silana y su gobierno
- III Caída de la oligarquía. Preponderancia de Pompeyo
- IV Pompeyo en Oriente
- V Conflictos de los partidos durante la ausencia de Pompeyo
- VI Regreso de Pompeyo. Coalición de los pretendientes
- VII Conquista del Occidente. Guerra de las Galias
- VIII Regencias de Pompeyo y de César
- IX Muerte de Craso. Ruptura entre los dos regentes
- X Brindisi, Ilerda, Farsalia y Thapsus
- XI La antigua República y la nueva monarquía
- XII Religión, cultura, literatura y arte

Notas

**LIBRO QUINTO**  
**FUNDACIÓN DE LA MONARQUÍA MILITAR**

*A Otto Jah,\*  
en prueba de buena, antigua y fiel amistad*

# I MARCO LÉPIDO Y QUINTO SERTORIO

## LA OPOSICIÓN. LOS JURISTAS. LA ARISTOCRACIA REFORMISTA. LOS DEMÓCRATAS

A la muerte de Sila (año 676), la oligarquía restaurada dominaba con un poder absoluto en el Estado romano; pero como la había fundado la fuerza, la necesitaba para sostenerse contra sus numerosos adversarios ocultos o declarados. Enfrente no tenía solo un partido con un fin y un color determinados, y con sus jefes reconocidos; además, tenía que habérselas con una masa compuesta de los más heterogéneos elementos, a la que en conjunto se daba el nombre de partido popular, pero cuya oposición contra el sistema constitucional de Sila variaba profundamente en sus motivos y en sus miras. En él se contaban a los hombres del derecho positivo, ignorantes e inactivos en política, pero que execraban a Sila y su arbitrariedad respecto de la vida y de la propiedad de los ciudadanos. Viviendo aún el dictador, y cuando toda oposición permanecía muda, habían levantado la cabeza los austeros juristas. En efecto, más de una sentencia judicial había negado su sanción a las Leyes Cornelianas cuando estas, por ejemplo, quitaban el derecho de ciudad a algunas comunidades itálicas, mientras que, por otra parte, habían mantenido en sus derechos al ciudadano prisionero de guerra o vendido como esclavo en el transcurso de la revolución. También en la oposición se contaban los restos de la antigua minoría liberal del Senado, aquella que había trabajado ya en otro tiempo para conseguir una transacción entre el partido reformista y los itálicos. Análogas eran sus tendencias en la actualidad, pues hubiera querido mitigar los rigores de la constitución oligárquica silana con oportunas concesiones hechas a los populares. Venían después los demócratas propiamente dichos, los de creencias radicales pero honradas y circunscritas, que

se jugaban su cabeza y sus bienes por una palabra de orden y programa del partido. Sin embargo, a ellos les estaba reservada la sorpresa de ver, al día siguiente de la victoria, que habían luchado no por una causa, sino por una frase vacía. Su gran caballo de batalla era el restablecimiento del poder tribunicio que Sila no había suprimido en realidad, pero al que había despojado de sus atributos esenciales. El nombre del tribunado del pueblo electrizaba a las masas y les producía un misterioso encanto, tanto más poderoso cuanto que la institución había quedado por sí misma sin utilidad práctica: espectro vano, que diez siglos más tarde será suficiente para hacer una revolución. Por último, estaban en la oposición las clases ricas y notables a las que la restauración no había dado una satisfacción completa, o a las que había perjudicado en sus intereses políticos y privados.

### **LOS TRANSPADANOS. LOS EMANCIPADOS LOS CAPITALISTAS**

De este modo se iban uniendo a la oposición las poblaciones numerosas y ricas de la región entre el Po y los Alpes. El haber ganado en el año 665 el derecho latino no era para ellas más que una pequeña suma dada a cuenta del completo derecho de ciudadanía; por lo tanto, la agitación tenía allí siempre dispuesto el terreno. Por lo demás, entre los opositores se encontraban también los emancipados, influyentes por su número y su riqueza, y muy peligrosos por estar reconcentrados en la capital: ellos no perdonaban a la restauración el haberlos anulado por completo. Estaban asimismo los hombres de la alta banca, por decirlo así, quienes se mantenían en una prudente tranquilidad, pero guardaban sus tenaces rencores con su poder no menos tenaz.

### **LOS PROLETARIOS DE ROMA LOS EXPROPIADOS. LOS PROSCRITOS Y SUS ADEPTOS LA GENTE ARRUINADA. LOS AMBICIOSOS**

Las masas estaban a su vez descontentas porque no veían la libertad más que en los beneficios de la anona. Sin embargo, donde se

ocultaba la guerra más encarnizada era en las ciudades a las que habían alcanzado las confiscaciones de Sila; ya fuera porque en algunos sitios los expropiados tuviesen que vivir reunidos dentro de los mismos muros, o en sus mermados dominios, con los colonos del dictador y expuestos a eternas querellas; o que ocurriese lo que a los arretinos y volaterranos, quienes, si bien habían conservado su territorio, veían suspendida sobre sus cabezas la espada de Damocles de las confiscaciones en nombre del pueblo romano; o que finalmente, como en Etruria, tuviesen que andar errantes como mendigos alrededor de sus antiguas fincas y moradas, o como ladrones en medio de las selvas. Por último, todos los jefes demócratas a quienes había decapitado la restauración, que andaban errantes y miserables, emigrados en las costas de Mauritania, o seguían a la corte o al ejército de Mitrídates, habían dejado detrás de sí a sus parientes, sus emancipados, la levadura de la venganza. Según las ideas políticas del tiempo, influidas por las afinidades exclusivistas de la familia, era un deber de honor<sup>1</sup> el trabajar con todas sus fuerzas para que los parientes fugitivos volviesen a su patria. En cuanto a los muertos, importaba mucho abolir la nota de infamia que iba unida a su memoria y a la persona de sus hijos, y que se les restituyesen a ellos sus bienes. Los hijos de los proscritos, sobre todo, degradados por la ley del regente y reducidos al estado de parias políticos (volumen III, libro cuarto, pág. 276), tenían en esta misma ley el perpetuo motivo que los incitaba a la insurrección contra el actual orden de cosas. Agréguese a todas estas facciones la enorme masa de las familias arruinadas. La muchedumbre alta o baja, que no pensaba ni deseaba otra cosa que los goces refinados de la vida o las orgías del común del pueblo; los nobles a quienes no gustaba más que contraer deudas; los mismos soldados de Sila, a quienes una palabra de su jefe había convertido en propietarios pero no en labradores, y que, una vez que habían consumido la herencia de los proscritos, deseaban nuevos trastornos de los que pudiesen sacar provecho: todos estaban esperando la señal de combate contra el régimen presente, a pesar de que algunos escritores hayan asegurado lo contrario. La misma necesidad impelía hacia la oposición a todos los ambiciosos de

talento, a todos los cortesanos de popularidad, y a todos aquellos a quienes la cerrada cohorte de los optimates negaba un puesto en sus filas, o impedía su rápida elevación. Así, rechazados violentamente de la falange, intentaban quebrantar con el favor del pueblo las leyes de la oligarquía exclusivista y la regla de la antigüedad. También estaban todos aquellos para quienes, en sus elevadas ilusiones, no era bastante el ser admitidos a gobernar el mundo en los consejos de un cuerpo deliberante, y ellos eran mucho más peligrosos. Aun cuando vivía Sila, en la tribuna de los abogados, único terreno que dejó abierto a la oposición legal, ya resonaba la ardiente palabra de los ambiciosos candidatos que llevaban en la mano el arma del formalismo jurista, y lanzaban contra la restauración los acerados dardos de su palabra. Entre estos se encontraba el gran orador Marco Tulio Cicerón (que nació el 3 de enero del año 648), hijo de un labrador de la aldea de Arpinum. Prudente y atrevido a la vez en su oposición contra el dictador, se había creado rápidamente un gran nombre. Semejantes aspiraciones no hubieran sido temibles mientras el héroe no pusiese sus miras más que en una silla curul, y quedase satisfecho con tomar posesión de ella al fin de sus días. Pero el reposo honorífico no podía bastar a un agitador popular; desde el momento en que Cayo Graco necesitó un sucesor, fue también necesario que se librara un combate a muerte. Sin embargo, todavía no se había pronunciado ningún nombre; nadie había revelado tan vastas aspiraciones.

## **PODER DE LA OPOSICIÓN**

Tal era la oposición contra la que tenía que luchar el gobierno oligárquico instituido por Sila. La muerte del regente había dejado el gobierno abandonado a sus propias fuerzas, antes de lo que su autor había seguramente pensado. Tenía una misión difícil, y las dificultades se agravaban mucho más por las miserias políticas y sociales de los tiempos. ¿Cómo mantener sumisos a la autoridad civil central a los jefes militares de las diversas provincias? Desprovistos como estaban de fuerza armada en Roma, ¿cómo tener a raya la multitud sin nombre de los inmigrantes itálicos y extraitálicos, y las innumerables bandas de esclavos que vivían libres de hecho? La tarea

era muy ardua: el Senado estaba como atrincherado en una ciudadela expuesta y amenazada por todos lados, y a la que se iban a dar inmediatamente formales asaltos. Sin embargo, Sila no había omitido los medios de una poderosa y sólida resistencia. La mayoría de la nación se mostraba evidentemente poco favorable y hostil, si se quiere, al gobierno constituido por el dictador; pero este gobierno podía sostenerse por mucho tiempo, haciendo frente a masas confusas y tumultuosas, a una oposición que no veía claramente su camino ni su fin, y que al no tener una cabeza iba fraccionándose hasta el infinito. Pero para resistir se necesitaba ante todo querer hacerlo, como para defender la plaza se necesitaba siquiera una chispa de aquella poderosa energía que la había edificado. En vano el más hábil ingeniero daría profundos fosos y poderosos muros a una guarnición que no quisiera defenderse.

### **CARENCIA DE JEFES. LAS CAMARILLAS. CETEGO FILIPO. METELO, CATULO Y LOS LÚCULOS**

El porvenir iba por fin a depender de los hombres que debían estar al frente de los dos partidos, pero desgraciadamente en ambos faltaban hombres y jefes. Toda la política de entonces obedecía a la influencia deplorable de las camarillas. No era esto una cosa nueva: quien dice Estado aristocrático, dice también familias y grupos exclusivistas. En Roma era secular su preponderancia; pero en los tiempos que vamos historiando es cuando adquirieron mayor poder y prestigio, y cuando por primera vez su imperio se midió por las mismas leyes destinadas a refrenarlos. Todos los personajes notables, populares u oligarcas puros, se aliaron en heterias. En cuanto a la masa de los ciudadanos, los que toman regularmente parte en los negocios políticos, ellos también se organizaron en circunscripciones electorales, en cofradías cerradas y casi militares, con sus jefes e intermediarios tomados entre los principales o escrutadores de las tribus (*divisores tribuum*). Todo era venal en aquellos clubes políticos: primero el voto de elector, después el del senador y el del juez, y hasta el brazo del pugilista callejero y el jefe de motín que lo guiaba. Solo la tarifa variaba entre los grandes y los pequeños. La heteria decide la elección, ordena la

acusación, guía la defensa, gana al abogado de nombradía, y en caso de necesidad negocia con el empresario que trafica en gran escala los votos de los jueces. La heteria tiene sus bandas y sus falanges; con ellas es dueña de las calles y a veces hasta del Estado. Todos estos excesos se cometían regular y públicamente. Las heterias tenían una organización más perfecta que tal o cual rama de la administración pública; y si, como es costumbre entre bellacos bien educados, se entendían sin decir una palabra sobre todas estas prácticas criminales, nadie las ocultaba. Los mejores abogados hacían en voz alta alusiones patentes a sus relaciones con las heterias, a las que sus clientes estaban afiliados. Si por casualidad se encontraba un hombre que permanecía puro a pesar de tomar parte en la vida pública, como Marco Catón, por ejemplo, lo consideraban todos como una especie de don quijote político. Los clubes y sus intrigas habían reemplazado a los partidos y sus luchas. Fue entonces cuando apareció un Publio Cetego, personaje de carácter equívoco, marianista de los más ardientes en un principio, tráfuga recibido después por Sila, y que desempeñaba en la actualidad uno de los papeles más importantes. Era un orador y mediador hábil, y se agitaba entre las facciones diversas del Senado; poseía la llave de todos los secretos y de todas las cábalas políticas; muchas veces, una sola palabra de Prœcia, su dama, decidía el nombramiento para los altos cargos del Estado. Para llegar hasta aquí era necesario que en las filas de los hombres de acción no hubiese uno que pasase la línea común. En cuanto se presente un talento excepcional romperá como telas de araña estas miserables facciones; pero en Roma todavía no había ninguna de esas capacidades políticas o militares. Las guerras civiles no habían dejado de la antigua generación más que un solo hombre notable, el viejo Lucio Filipo (cónsul en el 663). Prudente y hábil, adepto primero al partido popular (volumen III, libro cuarto, pág. 146), más tarde jefe del partido capitalista amotinado contra el Senado, afiliado luego a los marianistas, y vuelto al campo de la oligarquía victoriosa a tiempo para recoger en él honra y provecho, había sobrenadado en el conflicto de los partidos. Por lo demás, a los hombres de la generación siguiente es a quienes habían pertenecido los más notables personajes de la aristocracia pura: Quinto Metelo Pío

(cónsul en el 674), compañero de peligros y de gloria de Sila; Quinto Lutacio Catulo, cónsul en el año de su muerte (676) e hijo del vencedor de Berceil, y los dos jóvenes capitanes, los hermanos Lucio y Marco Lúculo, que se habían distinguido a las órdenes de Sila, el primero en Asia y el segundo en Italia. Paso en silencio a muchos optimates como Quinto Hortensio, importante solo como abogado; a Décimo Junio Bruto (cónsul en el año 677) y a Marco Emilio Lépido Liciniano (cónsul también en 677). Ellos fueron puras nulidades que no tenían más que un nombre sonoro y aristocrático. Los cuatro personajes primeramente citados no se elevaban tampoco muy por encima del común de los hombres de la facción nobiliaria. Como su padre, Catulo era un hombre cortés y aristócrata honrado, pero sin gran talento militar. Metelo merecía personalmente estimación por su excelente carácter, y era además buen capitán y soldado experimentado. Al salir del consulado, en el año 675, cuando los lusitanos, unidos con los emigrados romanos que seguían a Quinto Sertorio, acababan de levantar nuevamente la cabeza, había sido enviado a España no tanto a consecuencia de su inmediato parentesco y sus relaciones con el regente, como por su mérito públicamente reconocido. También los dos Lúculos eran buenos oficiales. Sobre todo el mayor, Lucio, unía a un verdadero talento militar la más exquisita cultura literaria y el buen gusto de un excelente escritor. Como hombre tenía el sentimiento del honor, pero, en el terreno de la política, estos corifeos de la aristocracia carecían de vigor y tenían miras tan cortas como el común de los senadores. Bravos frente a los enemigos exteriores, no estaban dispuestos a arrojarse en el movimiento de la política, ni eran capaces de coger el timón y conducir la nave del Estado con seguridad en este agitado mar de intrigas y facciones. Toda su sabiduría consistía en conservar pura la ortodoxia de su creencia oligárquica, y, considerando que esta era su panacea universal, aborrecían por completo la demagogia y la maldecían atrevidamente como a toda fuerza que osaba emanciparse. Sin embargo, bastaba poco para satisfacer su insignificante ambición. Tampoco hay que creer tantas historietas como hay en los libros, como por ejemplo todo lo que se refiere a la permanencia de Metelo en España: sus necias debilidades

por la ruda lira de los poetas asalariados del país, las libaciones de vino que se le ofrecían, aquel incienso quemado a su paso como delante de un dios, o aquellas “victorias” que se colocaban sobre su cabeza cuando estaba en la mesa y lo coronaban de laureles al ruido de la tempestad. Verdaderas o falsas, estas consejas pintan vivamente las vanidades en que se complacían los degenerados epígonos de las valientes razas antiguas. Los mejores entre ellos se daban por satisfechos cuando habían conquistado, no el poder y la influencia, sino el consulado o el triunfo y un puesto de honor en la curia. Cuando sonaba la hora de la ambición seria y honrosa, cuando hubieran debido venir en ayuda de la patria o de su partido, se retiraban de la escena política e iban a corromperse en un lujo de príncipes. ¿Qué pensar de estos hombres, de Metelo y de los Lúculos, cuando se los ve hasta en los campamentos, cuyos jefes son, cuidarse menos de extender las fronteras del Imperio y de someter a reyes y pueblos a la voluntad de Roma, que de completar las largas listas de manjares de aves y de postres de un gastrónomo romano, y hacer que se anoten en ellas los más delicados, exquisitos e importados platos de Asia Menor y de África? ¿Qué pensar cuando se los ve malgastar la mejor parte de su vida en el ocio de su retiro? ¿Qué se ha hecho de aquellas tradiciones de habilidad y de sacrificio individual, que eran el firme asiento del régimen oligárquico? Una vez caída y artificialmente restaurada, la aristocracia romana las ha perdido para siempre. Sustituye el patriotismo con el espíritu de pandillaje; la ambición con la vanidad; la consecuencia con la estrechez de miras. En manos de mejores guardianes, tales como los individuos del colegio de los cardenales de la Roma católica, o del tribunal de los diez, en Venecia, quizá no hubiera caído tan pronto la constitución de Sila ante los golpes de la oposición.

## **POMPEYO**

Entre los personajes que no eran ni partidarios absolutos ni enemigos declarados de la constitución de Sila, no había ninguno que atrajese tanto las miradas de las masas, en el momento en que murió el ex regente, como el joven Gneo Pompeyo, de 28 años. Esta admiración,

por más que fuese natural, fue un mal para él y para los que la sentían. Sano de cuerpo y de espíritu, era un gimnasta hábil que disputaba al simple soldado el premio del salto, de la carrera y del disco cuando ya era oficial superior; asimismo era un jinete hábil y fuerte, diestro para esgrimir una espada y muy audaz a la cabeza de sus voluntarios. En una edad en que no podía aún aspirar a los grandes cargos, ni aun al del Senado, había sido saludado *imperator* y había obtenido el triunfo. La opinión le había asignado el primer puesto después de Sila; y el mismo regente, en parte por convicción y en parte por ironía, le había permitido que tomase el sobrenombre de Grande. Por desgracia su genio no rayaba la altura de su prodigiosa fortuna. En realidad no era malvado ni incapaz, no era más que un hombre ordinario; la naturaleza lo había creado para ser un buen subalterno, pero las circunstancias habían hecho de él un general y un hombre político. En él se veía el militar, el soldado inteligente, bravo, experimentado, excelente en fin, pero sin vocación más alta. Como general de ejército, en el campo de batalla o en cualquier otra parte procedía siempre con una prudencia tan extremada que casi rayaba en la pusilanimidad. Solo daba el golpe decisivo cuando tenía conciencia de una gran superioridad. Su educación había sido la de todos los romanos de su siglo. Como hombre de espada, cuando llegó a Rodas no compró a los retóricos su tributo de admiración. Tenía la probidad del rico, que sabe arreglar bien los asuntos de su casa con ayuda de su gran fortuna heredada o adquirida. No desdeñaba hacer dinero, según el método usado entonces entre los senadores; pero, frío por temperamento y muy rico, no llegaba a abarcar especulaciones peligrosas y a cargar con la responsabilidad de grandes escándalos. Su renombre de probidad y de desinterés, renombre merecido al juzgarlo en relación con los demás, lo debió más bien a los vicios de sus contemporáneos que a su virtud personal. Era cosa casi proverbial la “honradez de Pompeyo”; y hasta después de su muerte se ensalzaban la sabiduría y la dignidad de sus costumbres. En realidad fue un buen vecino: no se entregó a las prácticas repugnantes de los grandes de Roma que extendían sus dominios mediante ventas forzadas, o por otros medios aún peores contra los poseedores limítrofes. En su casa fue buen marido y buen

padre; y digamos en fin, en su honor, que, cuando en sus triunfos llevó consigo reyes y generales cautivos, no hizo que los matasen después según la bárbara costumbre de sus predecesores y de algunos de sus sucesores. Pero cuando Sila lo disponía, como era su señor y su maestro, se separaba inmediatamente de una esposa amada, cuyo crimen era el de pertenecer a una familia que había caído en desgracia. A la menor señal de Sila, nuestro héroe hacía asesinar a sangre fría, y en su presencia, a los hombres que en tiempos difíciles habían marchado a su lado (volumen III, libro cuarto, pág. 352). No era cruel, como se ha dicho, sino frío, insensible, sin pasión hacia el bien ni hacia el mal, cosa que es peor. Si en medio de la batalla se lanzaba intrépido sobre el enemigo, en la vida civil, en cambio, era pusilánime y se lo veía cambiar de color por la cosa más insignificante. Hablaba en público con cierto embarazo, y era afectado y torpe en las relaciones sociales. Aun con todas sus altanerías y sus alharacas de independencia, nunca fue más que un dócil instrumento en manos de cualquiera que supiera manejarlo; incluso a veces fue guiado por sus emancipados y sus clientes, cuando no temía tener que obedecerlos. En suma, no había nacido con dotes de hombre de Estado. Incertidumbre en los fines, indecisión en la elección de medios, estrechez de miras en las circunstancias grandes o pequeñas: tales eran las causas de su debilidad. Permanecía perplejo, disfrazando su irresolución y su turbación bajo la solemne capa del silencio, y, cuando al fin se decidía a obrar, se engañaba a sí mismo y creía que engañaba a los demás. Su situación militar y sus relaciones en la provincia, casi sin que él trabajase en ellas, le valieron un partido adicto a su persona, considerable y propio para llevar a cabo cosas más grandes. Pero desde ningún punto de vista supo reunirlos ni guiarlos; y, si un día se verificó esta reunión, no la consiguió él, sino que fue cosa de las circunstancias. Como en muchas otras cosas, en esto me recuerda a Mario, el rudo campesino, apasionado y sensual, insoportable tanto como esta tosca imitación de gran hombre. En política, la posición de Pompeyo era sumamente falsa. Como oficial del ejército de Sila debía luchar a favor de la constitución restaurada; y, sin embargo, hizo una oposición personal a Sila y con él a todo el régimen senatorial. A los ojos de la

aristocracia, aún no era del todo aceptable la familia de los pompeyanos, inscrita por primera vez en los fastos consulares hacía apenas unos sesenta años. Por lo demás, el padre de Gneo había jugado frente al Senado un papel odioso y equívoco; y hasta al mismo Pompeyo lo hemos visto en las filas de los partidarios de Cina. No se hablaba ya de estos recuerdos, pero no por eso se borraban. La gran fortuna conquistada por Pompeyo durante el régimen de Sila, al mismo tiempo que lo unía exteriormente a la facción aristocrática, en el interior suscitaba grandes antipatías. Tenía débil la cabeza; y al ser transportado rápidamente y sin trabajo al pináculo de la gloria, se apoderó de él el vértigo. Como si él mismo hubiera querido burlarse de su prosaica figura, se atrevió a compararla con la del más noble y poético de los héroes, con la de Alejandro Magno. Según él no estaba bien visto que ocupase solo un lugar entre los quinientos senadores de Roma. Y, sin embargo, a ninguno le hubiera convenido con más exactitud que a él el papel de simple miembro de la asamblea directora en un puro régimen aristocrático. Si hubiera vivido doscientos años antes, la dignidad de su presencia y su formalismo solemne, su bravura individual y la probidad de su vida privada, todo, hasta su falta de iniciativa, le hubiera asegurado quizás un honroso puesto al lado de Quinto Máximo y de Publio Decio. Su misma medianía, verdadera virtud del optimate romano, contribuyó mucho a la afinidad que un día se estableció entre él y la masa del pueblo y del Senado. Incluso en su siglo le estaba destinado un papel importante, si hubiera sabido contentarse con no ser más que el general del Senado, pues este era su verdadero destino. Pero su ambición iba más lejos y dio caída tras caída por haber querido elevarse más de lo que buenamente podía. Soñando solo con subir un pedestal, un día se le presentó por delante y no se atrevió a escalarlo; su rencor fue muy profundo cuando los hombres y las leyes no lo sometieron a discreción. Sin embargo afectaba una modestia que no siempre era fingida, pues era un ciudadano entre millares de iguales, y temblaba ante el más leve pensamiento de un acto contrario a la constitución. Así pues, siempre frío con la oligarquía, y a la vez siempre su humilde servidor, torturado constantemente por una ambición que se espantaba de sus propias miras, Pompeyo estaba

condenado de antemano a las contradicciones continuas e interiores de una vida triste, laboriosa e inútilmente agitada.

## **CRASO**

Tampoco puede clasificarse a Craso entre los puros partidarios de la oligarquía. También es él una de las figuras más características de aquel siglo. Como Pompeyo, a quien llevaba algunos años, pertenecía a la sociedad de la alta aristocracia romana: había recibido la educación habitual de su casta, y había combatido, también como aquel, a las órdenes de Sila en la guerra de Italia. En cuanto a dones de entendimiento, a cultura literaria y a talentos militares, quedaba por detrás de sus pares, pero los superaba por su actividad infatigable y su tenaz deseo de poseerlo todo y de destacarse en todas las cosas. Se entregó por completo a las especulaciones. La adquisición de tierras por compraventa durante la revolución fue la base de su enorme fortuna, pero no despreció los demás medios de enriquecerse; levantó en la capital grandiosas construcciones y participó, a través de sus emancipados, en las sociedades y en las compañías comerciales. Tuvo banca en Roma y en las provincias con o sin el concurso de su gente; prestó dinero a sus colegas senatoriales; emprendió por su cuenta y oportunamente las obras públicas; o bien compró los tribunales de justicia. Con tal de ganar, abandonaba todos los escrúpulos. En tiempo de las proscripciones de Sila, fue un día acusado de haber falsificado las terribles listas, y, desde esta fecha, el dictador no quiso emplearlo en los asuntos de Estado. Por más que resultase falso un testamento en que él había sido nombrado heredero, no por eso dejaba de serlo, y cerraba los ojos cuando su administrador expulsaba a los dueños de las tierras colindantes por vía de hecho o de usurpación tácita. Por otra parte, atento a no entrar en lucha abierta con el juez, sabía vivir con sencillez, como verdadero hombre de dinero que era. De este modo es como se vio, en pocos años, que, de no poseer en un principio más que un patrimonio senatorial ordinario, acumuló inmensos tesoros. Poco antes de su muerte, a pesar de los gastos imprevistos e inauditos que había hecho, su fortuna era valuada en ciento setenta millones de sestercios. Se

había convertido en el particular más opulento de Roma, y se lo consideraba como una potencia política. Si era verdad, según él decía, que solo podía llamarse rico aquel cuyas rentas eran suficientes para mantener un ejército en pie de guerra, es necesario convenir en que, en aquellos momentos, este hombre no era un simple ciudadano. En efecto, Craso aspiraba a algo más que a ser dueño de la caja mejor provista de Roma. Nada escatimaba para extender sus relaciones: sabía llamar y saludar por su nombre a todos los ciudadanos de Roma, y nunca se negó a defender en la justicia al que invocaba su auxilio. ¿Qué importa que la naturaleza le hubiese negado cualidades de orador, y que su palabra fuese árida, su estilo monótono y su oído duro? Siendo tenaz en sus opiniones, poco aficionado a los placeres y sin que nada lo arredrara, superaba todos los obstáculos. No se dejaba sorprender y no improvisaba nunca, pero era consultado a todas horas y siempre estaba dispuesto. Pocas causas le parecían malas, y para obtener el éxito ponía en juego tanto los recursos de la abogacía como la influencia de sus relaciones, y, en caso necesario, hasta compraba a los jueces con dinero. La mitad de los senadores lo tenían por acreedor. Por otro lado, disponía de una masa de hombres notables que se hallaban bajo su dependencia y tenía por costumbre prestar sin interés “a sus amigos”, aunque estos préstamos eran reembolsables a su voluntad. Hombre de negocios, ante todo, prestaba sin distinción de partidos, ponía mano en todos los campos y daba de buen grado crédito a todo el que podía pagarle, o serle útil en algo. En cuanto a los agitadores, aun los más atrevidos, aquellos cuyos ataques a nadie perdonaban, se guardaban mucho de venir a las manos con Craso: se lo comparaba con el toro, a quien siempre es peligroso irritar. No hay que decir que un hombre colocado en esta posición no aspiraba a un fin modesto; de más talento que Pompeyo, sabía exactamente, como sabe todo buen banquero, cuál era el fin de sus especulaciones políticas y qué elementos podía poner en juego. Desde que Roma fue Roma, los capitales siempre desempeñaron el papel de un poder en el Estado, pero en la actualidad se alcanzaba todo con el oro lo mismo que con el acero. Durante la revolución, la aristocracia del dinero había podido pensar en destruir la oligarquía de las antiguas familias; ahora

también Craso podía aspirar a algo más que a ser precedido por las haces del lictor o a adornarse con el manto bordado del triunfador silano. Al principio marchó con el Senado, pero era demasiado buen banquero como para entregarse a un solo partido y no seguir otro camino que el de su interés personal. Sin embargo, ¿por qué este hombre, el más rico, el más intrigante de los romanos, que además no era avaro y sabía aventurar mucho, por qué, repito, no aspiró a una corona? Tal vez porque reducido a sus propias fuerzas no le sería dado conseguir su fin; pero, puesto que había acometido muchas veces grandes empresas y formado vastas asociaciones, ¿acaso no podía echar mano para esta de alguno de sus adictos que le fuese útil? Fue entonces cuando se vio a Craso, mediano orador y capitán, político activo pero sin energía, codicioso pero sin ambición, que no se recomendaba por nada sino por su colosal fortuna y su habilidad comercial, extender por todas partes sus inteligencias, acaparar la omnipotente influencia de las camarillas y de los intrigantes, estimarse un igual a los más grandes generales y hombres de Estado de su siglo, y finalmente disputarles la más alta palma a la que puede aspirar el ambicioso.

### **LOS JEFES DE LA DEMOCRACIA CÉSAR. LÉPIDO**

En el campo de la oposición democrática, tanto entre los conservadores liberales como entre los populares, la tempestad revolucionaria había causado terribles bajas. Entre los primeros solo había quedado un personaje notable: Cayo Cotta (de 630 a 681), amigo y aliado de Druso. Desterrado por esta causa, en el año 663 había vuelto a su patria a consecuencia de las victorias de Sila (volumen III, libro cuarto, pág. 368). Era un hombre prudente y un buen abogado, pero como mucho llamado a formar honrosamente en segunda fila, ya fuera que se lo considerase como hombre de partido o que se pesase su mérito personal. Por otro lado, entre los demócratas de la generación joven había un hombre que atraía las miradas de todos, amigos y enemigos. Cayo Julio César (que nació, según parece, el 12 de julio del año 652), que para entonces contaba con veinticuatro años.<sup>2</sup> Muchos eran los motivos de la admiración: su

alianza con Mario y Cina (la hermana de su padre se había casado con Mario, y él era yerno de Cina); su valiente negativa a enviar a su joven esposa Cornelia la carta de repudio que Sila le dictaba, siendo aún adolescente, mientras que Pompeyo se había apresurado a someterse a esta exigencia, y su temeraria persistencia en conservar el sacerdocio que Mario le había dado, y que Sila quería quitarle. Pero también lo eran su vida errante para librarse de las amenazas del dictador, de las que lo preservaron con mucho trabajo las gestiones y ruegos de su familia; su bravura en los combates delante de Mitelene y en Cilicia, bravura que nadie esperaba tratándose de un joven educado con delicadeza y con los hábitos afeminados de un “señorito”, y la expresión de Sila, que veía muchos Marios ocultos bajo aquella túnica mal ceñida. Todo esto lo recomendaba poderosamente ante los ojos de los demócratas, pero César no ofrecía más que esperanzas para el porvenir. Respecto del presente, los hombres que por su edad o por su posición en el Senado estaban llamados a dirigir el partido y a hacerse dueños del gobierno de la nación habían muerto o se hallaban en el destierro. A falta de un hombre que desempeñase este gran papel, la dirección de la democracia pertenecía al primero que se erigiera en representante de los oprimidos demócratas, y esto es lo que hizo Marco Emilio Lépido, antiguo silano, que se había pasado al partido popular por motivos bastante equívocos. Optimate ardiente en un principio, pujador asiduo en las ventas de los bienes de los proscritos, durante su proconsulado en Sicilia había cometido innobles rapiñas. Ante el hecho de que era inminente una acusación, para librarse de ella se echó en brazos de la oposición. La adquisición para esta era de un valor discutible. Indudablemente Lépido le llevaba el auxilio de su nombre, de su importancia y de su viva palabra en las luchas del *Forum*; pero no por eso dejaba de ser un hombre sin talento formal, una cabeza vana que no merecía el primer rango ni en el ejército, ni en los consejos de la ciudad. La oposición, sin embargo, le dio buena acogida. Aterrados los senadores ante el nuevo agitador popular, retrocedieron y no se llevó adelante la acusación comenzada. Incluso consiguió que lo eligieran cónsul para el año 676 gracias a su oro robado en Sicilia, y gracias, sobre todo, al apoyo verdaderamente

extraño que fue a pedir a Pompeyo. En esta ocasión hizo ver a Sila y a los silanos puros de cuánto era capaz. Cuando Sila murió, la oposición ya tenía un jefe en la persona de Lépido; y, como este jefe ocupaba al mismo tiempo la magistratura suprema, podía predecirse con toda seguridad la explosión próxima de una nueva revolución en la capital.

## **LA EMIGRACIÓN EN ESPAÑA. SERTORIO RECRUDECIMIENTO DE LA INSURRECCIÓN ESPAÑOLA. METELO EN ESPAÑA**

Pero la agitación de los emigrados demócratas en España se había anticipado a la revolución del partido en Roma. Quinto Sertorio era el alma de dicha agitación. Este hombre notable, oriundo de Nursia, en la Sabina, tenía un corazón franco y buenos sentimientos hasta rayar casi en la debilidad. ¿Quién no ha oído hablar de su amor entusiasta por su madre Rhea? Al mismo tiempo, su valor caballeresco le había valido gloriosas cicatrices de heridas recibidas en las guerras cimbrias, españolas e italianas. Orador sin tradición de escuela, encantaba a los abogados más listos por la facilidad, fluidez y naturalidad de su palabra, y por el seguro efecto de sus medios oratorios. En la guerra de la revolución, tan miserable y absurdamente conducida por los demócratas, había hallado ocasión de formar con ellos un brillante y honroso contraste como capitán y como hombre de Estado. A juzgar por la confesión de todos, era el único oficial del partido que supo preparar y dirigir la guerra; fue también el único hombre político que se opuso con una sabia energía a los excesos y a los furores demagógicos. Sus soldados de España lo saludaban con el nombre de “nuevo Aníbal”, no solamente porque había perdido un ojo en los combates, sino también porque había revivido el método ingenioso y atrevido del gran capitán cartaginés, su maravillosa destreza en contrarrestar la guerra con la guerra, su talento para atraer a sus intereses los pueblos extranjeros y hacerlos servir a su fin, su sangre fría tanto en las buenas como en las malas circunstancias, y la rapidez de su inventiva para sacar partido de sus victorias o evitar las malas consecuencias de sus derrotas. Es dudoso que haya habido jamás hombre de Estado romano que haya igualado

los méritos universales de Sertorio, ni en los siglos antiguos ni en los contemporáneos. Obligado por los generales de Sila a refugiarse en España, llevó primero una vida de aventurero errante en las costas de la península y en las africanas, a veces aliado y a veces enemigo de los piratas cilicios establecidos también en estas regiones, o de los jefes de las tribus nómadas de Libia. Victoriosa la restauración, lo había perseguido hasta allí. Un día que tenía sitiada *Tingis* (Tánger), vino un destacamento del ejército de África dirigido por Paccicco en auxilio del príncipe local. Sertorio lo batió completamente y tomó Tánger. Al ruido de estas hazañas, los lusitanos, que a pesar de su pretendida sumisión al dominio de la República continuaban defendiendo su independencia y libraban todos los años sangrientos combates con los procónsules de la España ulterior, enviaron a África una embajada al romano fugitivo para invitarlo a que viniese a su país, y prometiéndole el mando en jefe de sus milicias. Sertorio había servido veinte años antes en España, bajo Tito Didio; por tanto conocía los recursos del país, y decidió aceptar las ofertas de los lusitanos. Dejó un pequeño destacamento en las costas de Mauritania y se hizo a la vela por el año 674; pero el estrecho que separa España de África estaba ocupado por Cotta con una escuadra romana, y era imposible atravesarlo sin ser visto. Se abrió paso por la fuerza y arribó felizmente a las costas de Lusitania. Solo veinte ciudades se pusieron a sus órdenes, y tampoco pudo reunir más de dos mil seiscientos romanos, tráfugas en su mayoría del ejército de Pacciecco, o africanos armados a la romana. Con su gran golpe de vista, comprendió que era necesario dar como punto de apoyo a las dispersas bandas de sus guerrillas un núcleo sólido de soldados disciplinados y bien organizados. Al efecto, reforzó el pequeño cuerpo que había llegado de África con una leva de cuatro mil infantes y setecientos caballos, y marchó adelante con esta legión única y con las bandas de voluntarios españoles. La España ulterior obedecía a Lucio Fufidio, oficial subalterno pero elevado a propretor a causa de su incondicional sumisión a Sila, adhesión experimentada hasta en las proscripciones. Fue completamente derrotado sobre el Betis y, a consecuencia de esto, quedaron dos mil romanos en el campo de batalla. Se enviaron precipitadamente mensajeros a Marco

Domicio Calvino, gobernador de la provincia del Ebro, pues era necesario a toda costa detener los progresos de Sertorio. Apareció también inmediatamente en el teatro de la guerra Quinto Metelo, general experimentado, a quien Sila enviaba a la España del Sur para suplir la insuficiencia del propretor. Pero no era ya posible dominar la insurrección. En la parte del Ebro, un oficial de Sertorio, Lucio Hirtuleyo, su cuestor, destruyó el ejército de Calvino y a este lo mató. Al poco tiempo fue también derrotado por este bravo jefe el procónsul de la Galia transalpina, Lucio Manlio, que había atravesado los Pirineos para venir en socorro de su colega. Él mismo escapó a duras penas y se refugió en Ilerda (Lérida) con algunos hombres, y luego se volvió a su provincia. En el camino se arrojaron sobre él los pueblos aquitanos y le arrebataron todos sus bagajes. En la España ulterior, entretanto, Metelo había penetrado en el país de los lusitanos. Sin embargo al poco tiempo, mientras que Longobriga (no lejos de la desembocadura del Tajo) estaba sitiada, Sertorio atrajo a una emboscada a toda una división romana y a Aquino, su jefe, con lo cual obligó a Metelo a levantar el sitio y a evacuar el territorio enemigo. Sertorio lo siguió y batió el cuerpo de ejército mandado por Torio sobre el Anas (Guadiana), y en esta guerra de escaramuzas hizo sufrir enormes pérdidas al general en jefe. Este hombre, que era un táctico metódico y algo pesado, se desesperaba por completo. Se las había con un enemigo que rehusaba un combate decisivo, que le cortaba los víveres y las comunicaciones, y que lo atacaba a todas horas y en todas partes por sus flancos.

## **ORGANIZACIÓN DEL PAÍS POR SERTORIO**

Tantos y tan increíbles triunfos, obtenidos a la vez en ambas Españas, eran tanto más notables cuanto que no eran puramente militares, y que no habían sido conseguidos solo con las armas. Los emigrados no eran temibles por sí mismos, y, en cuanto a los lusitanos, no podía darse mucha importancia a sus triunfos, que fundamentalmente habían conseguido a las órdenes de un general extranjero. Pero, con la seguridad de su tacto de hombre político o de patriota, Sertorio, en vez de hacerse el *condottiero* de los lusitanos, se condujo en todas

partes y en cuanto estaba a su alcance como un general y un delegado romano en España. En tal sentido había venido veinte años antes, mandado por el gobierno de entonces. Así, pues, con los jefes de los emigrados compuso un Senado que contaba con trescientos miembros, dirigía los negocios conforme a las formas establecidas en Roma y nombraba los magistrados.<sup>3</sup> En su ejército no veía más que un ejército romano, y a los romanos correspondían todos los grados. Por su parte, los españoles también lo consideraban como el procónsul de Roma, que les exigía en virtud de su cargo hombres y subsidios, pero que en lugar de administrar despóticamente, según la costumbre, hacía todo lo posible por unir los provincianos a Roma y a su propia persona. Su genio caballeresco le facilitó medios para familiarizarse con las costumbres españolas, e inflamó la nobleza del país con un vivo entusiasmo hacia este admirable capitán, a quien ellos seguían espontáneamente. Como aquí existía la costumbre de que el príncipe tuviese sus “fieles”, lo mismo que entre los celtas y los germanos, se vio a los más ilustres españoles jurar por millares que seguirían hasta la muerte a su general romano. Sertorio tuvo en ellos compañeros de armas mucho más seguros que sus compatriotas y que sus mismos partidarios. Por otro lado, lejos de despreciar las supersticiones de los rudos pueblos del país, sacó de ellas un excelente partido. Según él, Diana era quien le enviaba sus planes completamente formados, y le servía de mensajera una cierva blanca. En suma, gobernaba con dulzura y justicia. Hasta donde alcanzaban su ojo y su brazo, sus tropas estaban sometidas a la más severa disciplina: aunque en general no castigaba sino con penas leves, era inexorable con el soldado que cometía una fechoría en país amigo. Quería formalmente un mejoramiento duradero de la suerte de los provinciales, y en consecuencia rebajó los tributos y obligó a sus tropas a construirse chozas o barracas para el invierno. De este modo libró a las ciudades de la pesada carga de los alojamientos, y al mismo tiempo destruyó una fuente de abusos insoportables. En Osca (Huesca) fundó una academia para los hijos de las familias nobles españolas; allí recibían la instrucción usual de la juventud noble de Roma y aprendían a hablar griego y latín, y a llevar la toga. Admirable

institución que no tenía solo por objeto asegurar a Sertorio, de una forma más suave, rehenes siempre necesarios en España, aun respecto de las ciudades aliadas, sino que se inspiraba también en el gran pensamiento de Cayo Graco y de los hombres del partido democrático, pero perfeccionado, y con la tendencia a romanizar insensiblemente las provincias. Era la primera vez que se emprendía semejante obra sin destruir las razas indígenas ni sustituyéndolas con la colonización italiana; solo se hacía convirtiendo a los provinciales en latinos. Los optimates de Roma se burlaban de estos miserables emigrados, de estos trófugas del ejército italiano, últimos restos de las bandas de ladrones que había dirigido Carbón. Su desdén estúpido les costó caro. Se enviaron contra Sertorio enormes ejércitos, incluyendo en estos las levadas en masa verificadas en España, ciento veinte mil infantes, dos mil arqueros y honderos, y seis mil caballos. Contra esta fuerza tan inmensamente superior, Sertorio libró una serie de combates afortunados y consiguió importantes victorias; incluso llegó a apoderarse de la mayor parte de España. En la provincia ulterior Metelo no poseía más que el suelo que pisaban sus soldados; en cuanto podían, todos los pueblos se pasaban a Sertorio. En la citerior, donde había vencido Hirtuleyo, no se veía ni un soldado romano. Ya los emisarios de Sertorio recorrían toda la Galia, se agitaban las razas célticas, y las bandas reunidas en las faldas de los Alpes dificultaban mucho su paso. Por último, el mar pertenecía a los insurrectos, por lo menos tanto como al gobierno legítimo. Los corsarios, casi tan fuertes como la escuadra romana en las aguas españolas, hacían causa común con los primeros. Sertorio les había construido una fortaleza en el promontorio de Diana (hoy cabo de San Martín, entre Alicante y Valencia). Desde este puesto atacaban a las naves romanas que llevaban provisiones a los puertos que dominaban los ejércitos de la República. Por este medio recibían también o vendían los productos de los territorios sublevados, y aseguraban las comunicaciones con Italia y Asia Menor. Estos enemigos activos eran un gran peligro para Roma pues estaban siempre dispuestos a trasladar a todas partes las teas incendiarias, pero más aún, si se considera el inmenso cúmulo de materias inflamables existentes en todos los puntos del Imperio.

## CONSECUENCIAS DE LA MUERTE DE SILA INSURRECCIÓN DE LÉPIDO

Por entonces, una muerte casi repentina arrebató a Sila. Mientras estuvo con vida este hombre, a cuya voz se hubiera levantado a cualquier hora un ejército de veteranos experimentados y seguros, la oligarquía podía considerar solo como un incidente pasajero la revolución que habían verificado en España los emigrados y el éxito de un jefe de la oposición, elevado en la península a la magistratura suprema de la República. Miope e imprevisora como siempre, ahora, sin embargo, no iba fuera de camino al decir que sucedería una de estas dos cosas: o que los opositores no osarían presentar un combate decisivo, o que, si lo presentaban, el que los había salvado dos veces sabría salvarlos una tercera. Pero, como este hombre había muerto, la situación variaba por completo. Los rojos del partido democrático de la capital, a quienes el freno del dictador contenía a duras penas, y animados ahora por las nuevas que llegaban de España, precipitaron la erupción próxima. Lépidio, que era en este momento el árbitro de la situación, marchaba adelante con el celo del renegado, con el ardor y el aturdimiento propios de su carácter. Parecía que la antorcha que había prendido fuego la pira de las exequias del regente iba al mismo tiempo a encender la guerra civil. Pero allí estaba Pompeyo, y su influencia y la disposición de ánimo de la mayor parte de los veteranos contuvieron las oposiciones y se verificaron tranquilamente los funerales. No por esto eran menos manifiestos los preludios de la próxima revolución. Todos los días resonaban en el *Forum* las acusaciones contra la “caricatura de Rómulo” y sus secuaces. Destruir la constitución de Sila, restablecer la anona, restaurar los tribunales del pueblo con sus antiguos privilegios, levantar el destierro a los que lo sufrían ilegalmente y restituir los dominios confiscados: he aquí lo que querían Lépidio y sus amigos, según ellos decían en voz alta. Se pusieron en inteligencia con los desterrados, y reapareció en la capital Marco Perpena, quien había sido pretor en Sicilia en tiempo de Cina. Se invitó a formar causa común a los hijos de los que las leyes silanas habían condenado por delito de alta traición, a aquellos sobre quienes pesaban estas leyes insostenibles.

Todos los hombres notables del antiguo partido marianista acudieron en gran número, y entre ellos el joven Lucio Cina. Otros imitaron a Cayo César: ante la noticia de la muerte de Sila y de los preparativos hechos por Lépido se apresuró a volver de Asia, pero se mantuvo prudentemente a la expectativa en cuanto comprendió la clase de movimiento que se intentaba y el carácter de su jefe. Las tabernas y los lupanares de Roma estaban siempre llenos, y en ellos se bebía y se intrigaba por cuenta de Lépido. La conspiración contra el nuevo orden de cosas estalló al fin entre los descontentos de Etruria.<sup>4</sup>

Todos estos acontecimientos sucedían a la vista del poder y eran consentidos. El cónsul Catulo, y con él los optimates inteligentes, quería ahogar enérgica e inmediatamente los gérmenes de la insurrección, pero la cobarde mayoría no pudo decidirse a comenzar el combate. Se hizo la ilusión de que podría conservar el poder transigiendo y haciendo concesiones. Se distribuyó la anona con la forma restringida de las antiguas distribuciones de los Gracos, y de este modo entró en los términos medios usados en tiempos de la guerra social, es decir, que los participantes de la anona no eran todos los ciudadanos indistintamente, sino solo los más pobres, que ascendían a cuarenta mil. Como en la época de los Gracos, la tasa se había fijado en cinco modios por mes, al precio de seis ases y un tercio. El Tesoro perdía trescientos mil taleros cada año.<sup>5</sup> Estas medidas a medias, lejos de satisfacer las exigencias de la oposición, no hicieron más que excitar su audacia. En la capital marchó con la cabeza erguida y recurrió a la violencia; en Etruria, núcleo eterno de las insurrecciones de los proletarios italianos, fue donde estalló la guerra civil. Los fesulanos expropiados volvieron a apoderarse a mano armada de sus antiguos bienes, y en la subsiguiente lucha perecieron un gran número de veteranos que habían sido dotados por Sila. A la nueva de estos desórdenes el Senado resolvió enviar dos cónsules a aquel sitio; una vez allí debían llamar a las milicias locales y exterminar a los revoltosos.<sup>6</sup> No podía obrarse de peor manera. Al restablecer las leyes sobre cereales, el Senado había revelado su debilidad y sus inquietudes ante la inminencia de una insurrección; ahora, al querer evitar a toda costa los tumultos en las calles daba un

ejército al jefe de los revolucionarios. Por último, se llegó a hacer jurar a los dos cónsules, en los términos más solemnes que pudieron imaginarse, que no volverían uno contra otro las armas que les confiaba la República. Los oligarcas necesitaban toda su incorregible y diabólica perversión del sentido político para osar ponerse a cubierto tras semejante baluarte. Naturalmente Lépido no hizo en Etruria nada a favor de la República, sino todo lo que pudo en pro de la insurrección, y, agregando ironía a la traición, exclamó que su juramento solo lo obligaba durante el año corriente. El Senado puso entonces en movimiento la máquina de los oráculos para ordenarle volver, y le confirió la presidencia de las próximas elecciones consulares. Pero Lépido se hizo el sordo, y mientras los mensajes senatoriales iban y venían, mientras el año transcurría en proposiciones de arreglo, sus bandas crecían hasta formar un ejército. Por último, comenzó el año 677, y comunicaron al procónsul la orden de volver inmediatamente a Roma. Este se negó rotundamente a obedecer: según él, era necesario que se restableciese antes el antiguo poder tribunicio y que se restituyesen a los ciudadanos violentamente desterrados sus derechos políticos y sus bienes. Lépido exigía, finalmente, su reelección al consulado para el año siguiente. Esto no era ni más ni menos que una tiranía con forma legal.

## **EXPLOSIÓN DE LA GUERRA. DERROTA DE LÉPIDO**

La guerra estaba ya, pues, declarada. Además de los veteranos de Sila, cuya existencia amenazaba Lépido, el partido senatorial podía contar con las tropas que había reunido el procónsul Catulo. Los más previsores, y entre otros Filipo, habían redoblado sus instancias y sus advertencias; así se le confiaron las misiones de defender la capital y de rechazar a Etruria el principal ejército de los demócratas. Hasta se puso a Gneo Pompeyo a la cabeza de un ejército, y se le confió la misión de arrancar a su antiguo protegido el valle del Po, que Marco Bruto, general también de la oposición, se había apresurado a ocupar. Pompeyo ejecutó rápidamente su cometido, luego de encerrar y sitiar al enemigo en Mutina. Pero he aquí que al mismo tiempo Lépido se presenta bajo los muros de Roma, con la intención de tomarla por